

S^N JOSE DE CALASANZ



SAN JOSE DE CALASANZ

Rafael M.^a López-Melús, Carmelita

D.L.: M-41.772-1987 • I.S.B.N.: 84-7.770-079-6
BIG, S.A. INDUSTRIA GRAFICA - SANT ADRIA (BARNA)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla



¡Alto, aquí está!

Era José de Calasanz el que había gritado.

Había oído hablar de que, el demonio, tirano de la humanidad, era enemigo de Dios y de las almas. La horrible figura de este bicho raro que resiste a Cristo y se atreve a desafiar a Felipe II, le impresiona pero no acobarda.

Su único deseo es encontrarse frente a frente con él y darle su merecido.

Se arma con un cuchillo. Recorre hasta los últimos rincones de la casa amplia, llena de armarios y desvanes, como hijo de hidalgos que era.

De pronto, un bulto negro sale desde las telarañas. Un chillido, un aleteo y algo que pasa por su frente y que pronto desaparece.

—¿Huyes, cobarde? ¿No te atreves a arrastrar mis iras? Pronto organizó un ejército.

Cada uno de aquellos minúsculos soldados llevan algún arma. Al entrar en un bosque, grita:

“¡Alto, aquí está!” —señalando un bulto en la copa más alta de un corpulento árbol.

Algunos huyen, pero José, que así se llamaba el niño de la realidad, comienza a trepar y apostrofa al que se cree que es el diablo.

Se oye un chasquido..., se rompe la rama y cae.

Cruel había sido la conducta del demonio, pero esta vez había chocado con un testarudo aragonés.

Así terminó esta gesta heroico-místico-jocosa al enterarse y comprender que las espadas y la fuerza no eran armas a propósito para tal género de lucha.



Maestro en miniatura

Nació en Peralta de la Sal, pequeña villa aragonesa.

La fecha natalicia que armoniza la más antigua versión con todos los datos del Epistolario Calasancio es la de 31 de julio de 1558, en los albores del reinado de Felipe II.

Cinco hermanas y dos hermanos eran los vástagos del matrimonio Pedro Calasanz y María Gastón. Su padre, de familia ilustre venida a menos ahora era un buen cristiano y su mujer una exquisita educadora.

Doña María sentía una predilección especial por el benjamín de los siete, José, el protagonista de esta historia.

Buena pedagoga... iba esculpiendo en el tierno corazón de su pequeño lo que el día de mañana él inculcaría a sus rapazuelos...

La pedagogía de su madre le ayudó mucho más que lo que después aprendió en los libros.

El maestro de la escuela rural, para descansar de la monotomía del deletreo, tomaba al pequeño, subíale sobre su cátedra y hacíale recitar ante sus condiscípulos los milagros de Nuestra Señora, tal como se los enseñaba en casa su madre.

Ya algo mayorcito tenía entre sus diversiones favoritas las de reunir a sus amigos junto a un altarcito que había arreglado y, desde su púlpito, repetir las lecciones de catecismo que los maestros le habían enseñado.

A imitación de los predicadores excitaba a sus oyentes a amar a Dios y huir del pecado.

Terminaba el ejercicio con el rezo del rosario y con algún cántico.

En esos actos ponía José tanta piedad y convicción, tal gravedad y compostura, que causaba admiración a las personas mayores. Sabía atraer y retener a sus compañeros con obsequios y regalos.



El demonio tiene un nombre

En Estadilla, población cercana a Peralta de la Sal, estudió José Gramática y Humanidades; y en todo el curso de sus estudios fue para con sus condiscípulos modelo de virtud y aplicación, de modo que le apellidaban “El Santito”.

Cuando a los quince años terminó los estudios de Retórica, con brillantísimo e indiscutible resultado, era un adolescente perfecto, vigoroso de cuerpo y espíritu, de más que regular talla y de agraciado y noble semblante que respiraba inocencia, talento y valentía.

Tal conjunto de bellas prendas regocijaban a su padre, que se veía en él y creía descubrir al futuro capitán émulo de las proezas guerreras de sus mayores.

El no ignoraba la existencia del demonio y que intentaría atacarle por todas partes.

Para atacarle se trazó un reglamento severo y lo cumplió con la mayor fidelidad.

Frecuentaba los sacramentos; no hacía más que una comida al día, comida que a menudo se reducía a pan y agua.

Llevaba cilicio, se indisciplinaba, no concedía más que breves horas al sueño, sirviéndole de cama, a veces, una silla o en el suelo duro, y se entregaba con ardor a la oración y al estudio.

Todavía hallaba tiempo para enseñar la doctrina a los ignorantes, para visitar a los pobres y socorrerlos, para cuidar a los enfermos en los hospitales y predicar la caridad en cuantas formas estaban a su alcance.

Concluidos los estudios en la Universidad de Lérida quiso pasar a la de Valencia. Aquí le esperaba el Tentador, dispuesto a truncar aquella carrera sacerdotal tan decidida.



Muerte o sacerdote

Al huir de la tentación de Valencia volvió a Peralta... y aquí le esperaba una terrible prueba: La muerte de su hermano mayor, oficial superior del ejército.

Su padre quiere ahora que José contraiga matrimonio y herede el mayorazgo. En tal difícil situación Dios acude con el remedio de una grave enfermedad que pone al propio José al borde del sepulcro.

No hay opción ante el dilema de muerte o altar, que el enfermo propone al atribulado padre. Y, obtenido el paternal consentimiento, emite voto formal de recepción oportuna del sacerdocio, cede inmediatamente la enfermedad, y se retira a Barbastro el restablecido estudiante a proseguir su carrera tres años más, hasta cumplir los veinticinco y recibir las sagradas órdenes.

En Lérida obtuvo el doctorado en Derecho canónico y civil y después se graduó también en Teología.

Se ordenó sacerdote el 17 de diciembre de 1583.

Sin tener en cuenta su juventud, y sí sólo su valer, el obispo de Albarracín le escogió por confesor.

Poco después el de Urgel le nombró vicario.

El bien que hizo a los sacerdotes y fieles de esas dos diócesis por la santidad, ciencia, actividad y prudencia en los negocios durante los ocho años que en ellas ejerció su apostolado, fue incalculable.

El rey de España le tenía reservado un obispado muy importante, pero el humilde Vicario no quería ir por aquellos caminos de grandeza humana, ya que le parecía oír continuamente:

—“Vete a Roma, José; vete a Roma”.

Y a Roma se fue sin ni siquiera sospechar la sorpresa que allí le tenía reservada la Divina Providencia.

Era el año 1592 cuando después de renunciar a todos sus beneficios llegaba, pobre y confiado, a Roma...



Un romano más

En Roma como en España, desplegó tal actividad y de tal modo se entregó a la oración y a las obras de celo, que sería increíble la labor por él realizada si no se hallase declarada en documentos fidedignos.

Se levantaba a media noche para entregarse a larga y profunda meditación ante el Santísimo Sacramento. Rezaba después de rodillas maitines y laudes, y seguidamente hacía la peregrinación de las siete basílicas de Roma, es decir, de doce a quince kilómetros a pie y sin que el tiempo fuese factor capaz de detenerle en su cotidiano recorrido.

Durante ese tiempo rezaba prima, decía la misa en San Juan de Letrán o en Santa Práxedes, y terminaba la piadosa romería en San Pedro, donde permanecía a veces horas enteras en oración.

Visitar, servir y consolar a los enfermos en los hospitales, a los presos en las cárceles y a los pobres en los humildes tugurios, ocuparse en sus funciones de receptor y de teólogo, entregarse al estudio y a nuevos ejercicios de piedad, era más que suficiente programa para ocupar todo el resto del día y del principio de la noche.

Hacia la una de la tarde tomaba su única comida, reducida con frecuencia a pan y agua.

La Archicofradía de los Doce Apóstoles, la Cofradía de las Llagas de San Francisco, la de la Trinidad de los peregrinos y la del Sufragio en la vía Giulia no sólo aprenden sus nombres, sino que se contagian de su actividad ardorosa, tanto en las efusiones de su caridad operante cuanto en la intercesión y prácticas de su mortificación penitente.

Empezaron entonces los carismas y los milagros, ornamento frecuente en las vidas de los elegidos del Señor.



“Este español está loco”

En Roma igual que lo hizo antes en España se entregó de lleno a toda clase de apostolados.

El amor de Dios que embargaba su corazón le impulsa ardorosamente a poner por obra cuanto podía contribuir a la salvación de las almas.

“¡Oh, cuánto vale ganar un alma! —repetía con frecuencia— y ¡cuán del agrado de Dios es tan bella empresa!”

Agrégose a varias cofradías de apostolado y caridad, como la Congregación de la Doctrina Cristiana que tenía por fin reunir a los niños del pueblo todos los domingos para enseñarles la doctrina cristiana y disponerlos a recibir los sacramentos de Penitencia y Eucaristía.

José de Calasanz no se contentaba con llenar esa misión los domingos; lo hacía todos los días, y no sólo en la iglesia sino en cualquier parte donde pudiera reunir auditorio, hasta en la plaza pública; y su celo no se limitaba a los niños, se extendía igualmente a los obreros, a los campesinos y a los mendigos.

Muchas veces al pasar por el Transtévere, se le llenaban los ojos de lágrimas al ser catervas de chicuelos que invadían las calles blasfemando. Otras, se detenía en medio de las burlas de sus agresores en miniatura, y se sabía conquistar su confianza, de modo que al pasar por allí, sobre su conocido borrico, ya no se reían de él, sino que gritaban:

—“¡Don Giuseppe!, ¡Don Giuseppe!” El se compadeecía diciendo:

—¡“Qué buenos son y que ignorantes!”.

Para el bien de ellos muchas veces había ido a hablar con los Príncipes de la Iglesia, pero siempre le cerraron la puerta o le echaron, diciendo:

—“Este español está loco”.

Lo bueno siempre triunfa. Después de muchos trabajos, un sacerdote se le ofrece para secundar sus deseos, creando así lo que fue el primer germen de las Escuelas Pías.



Un panorama poco agradable

Después de varios años de entrega a toda clase de apostolado en la ciudad eterna se dio cuenta Calasanz de las urgentes necesidades del pueblo. Especialmente le hicieron ver con dolor que muchos niños, por la incuria y pobreza de sus padres, vivían en la más crasa ignorancia de la religión.

Que los ya mayores sentían vergüenza de estudiar lo que consideraban propio de niños, y como consecuencia de la ignorancia, vivían en la degradación y en el desenfreno.

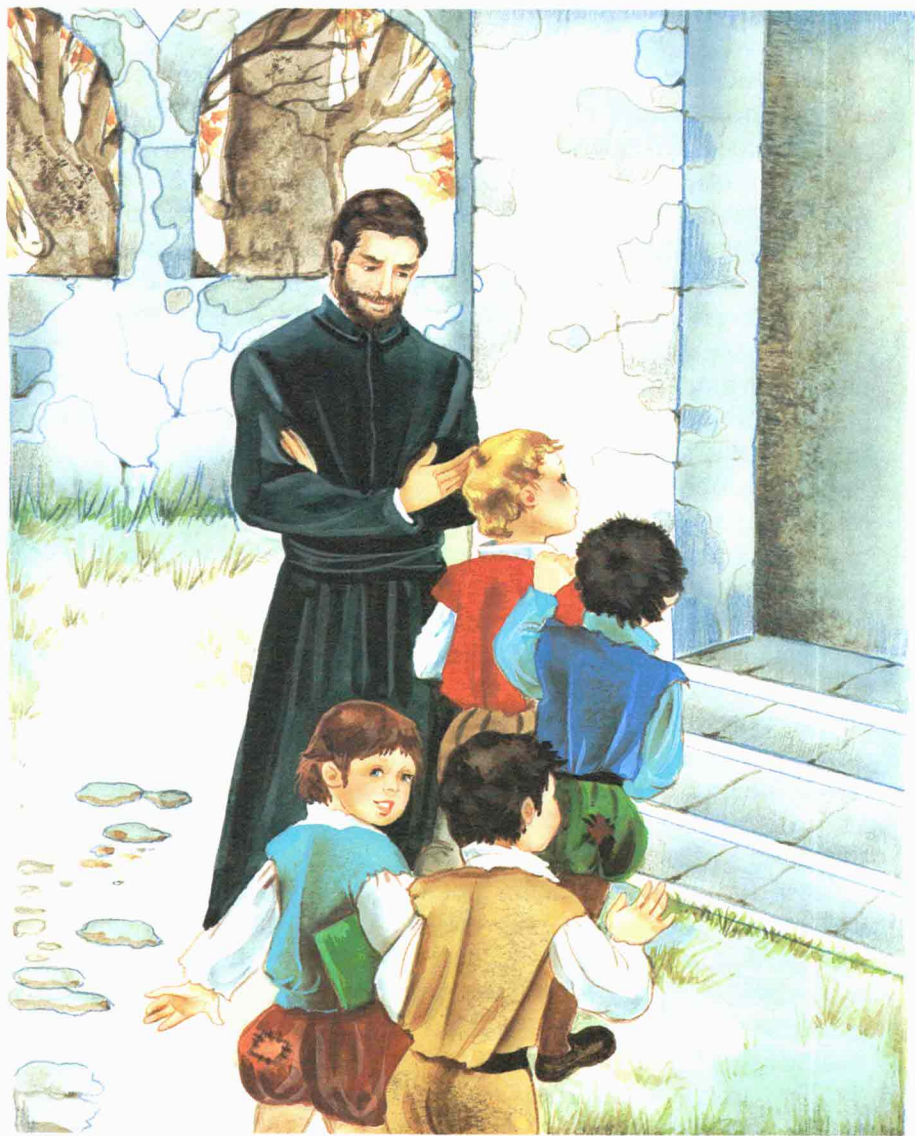
Cuando esos desagradecidos llegaban a formar una familia, para nada se ocupaban de que sus hijos se instruyesen en la doctrina, de modo que el mal se agravaba y se aumentaba de continuo.

Ciertamente no escaseaban las escuelas en Roma, pero los maestros admitían pocos alumnos gratuitos y no se preocupaban lo bastante en la enseñanza de la religión ni la educación moral.

Pronto se dio cuenta que muchos de los maestros eran demasiado interesados por el dinero. El sin embargo lo que quería era escuelas totalmente gratuitas. Escuelas donde pudieran aprender los niños las verdades de la religión y se los acostumbrase a la práctica de las virtudes cristianas, aunque sin descuidar la enseñanza de las ciencias profanas que habían de atraerlos y facilitarles medios de ganarse honradamente la vida.

Espuso su idea a varios personajes eclesiásticos, a algunos superiores de Ordenes religiosas y a buenos y celosos maestros, y a todos pareció excelente, pero todos se excusaron, unos porque no podían, otros porque no se atrevían a lanzarse a una empresa que les aparecía erizada de dificultades.

De todas sus consultas dedujo Calasanz que aquella idea que le obsesionaba era del agrado de Dios y había de servir para su gloria.



Las escuelas pías

En Roma hay un barrio muy popular. Se llama el Trastevere. Allí había un espaciosa Iglesia y su cura párroco era un buen amigo de Calasanz.

D. José le pidió prestada su Iglesia y casita a ella adosada para dar comienzo a su gran empresa.

La escuela gratuita muy pronto se vio poblada por un centenar de niños.

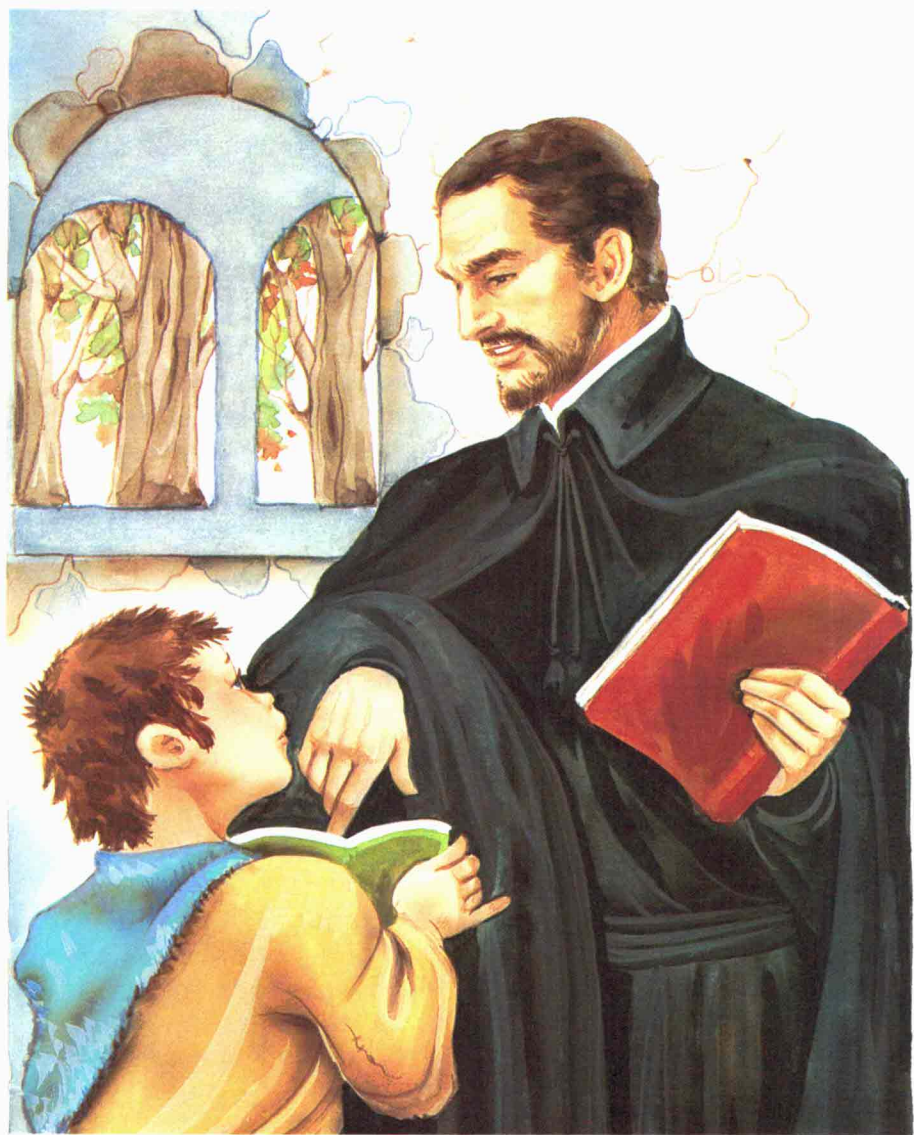
Dióle ánimos y le bendijo el Papa Clemente VIII. Con su dinero y con las limosnas que recogía, compró todo el material necesario: mesas, bancos, papel, libros, etc., y premios que atrajesen a los niños, y que a la vez le sirvieran de elemento religioso educativo.

Prestáronle cooperación algunos hombres de buena voluntad, ya por módica paga, ya por sólo el alimento, ya también, arrastrados por el ejemplo de aquel santo varón, sin retribución alguna y procurándose ellos mismos el proveer a sus propias necesidades.

Como el fin de la obra era ante todo formar a los niños a la piedad, a la virtud y las buenas costumbres, dio el fundador a sus escuelas el calificativo de *pías*, es decir, piadosas y caritativas, y sus religiosos se llamaron familiarmente “Escolapios”, por contracción de las palabras Escuelas Pías —en italiano, Scuole pie— por el que muy pronto fueron conocidos.

La voz pronto corrió por toda Roma... El éxito fue rotundo. Pronto el santo se vio obligado a abrir varias Casas en Roma porque las peticiones llovían de todas partes.

Algunas de estas nuevas funciones eran muy importantes como la de San Pantaleón, en el corazón de la ciudad que llegó a tener más de mil alumnos.



Una nueva orden para la educación

El Señor dirigía los pasos de Calasanz.

Su director espiritual, el ilustre carmelita Padre Domingo de Jesús Ruzola, era la voz de Dios para él y éste no cesaba de alentarle en su magna empresa de hacer algo estable para la continuidad de su obra...

Calasanz veía la gran necesidad que tenían tantos millares de niños abandonados en ayuda material y espiritual...

Era en 1600 cuando después de varios avatares la obra puesta en marcha ya no se detiene. Varias veces cambia de local hasta definitivamente establecerse en San Pantaleón.

Durante veinte años continuos (1597-1617) el padre José se ha ingeniado para mantener una comunidad secular “sui generis”, sin votos ni reglas, sin otro apoyo que el prestigio de su prefecto.

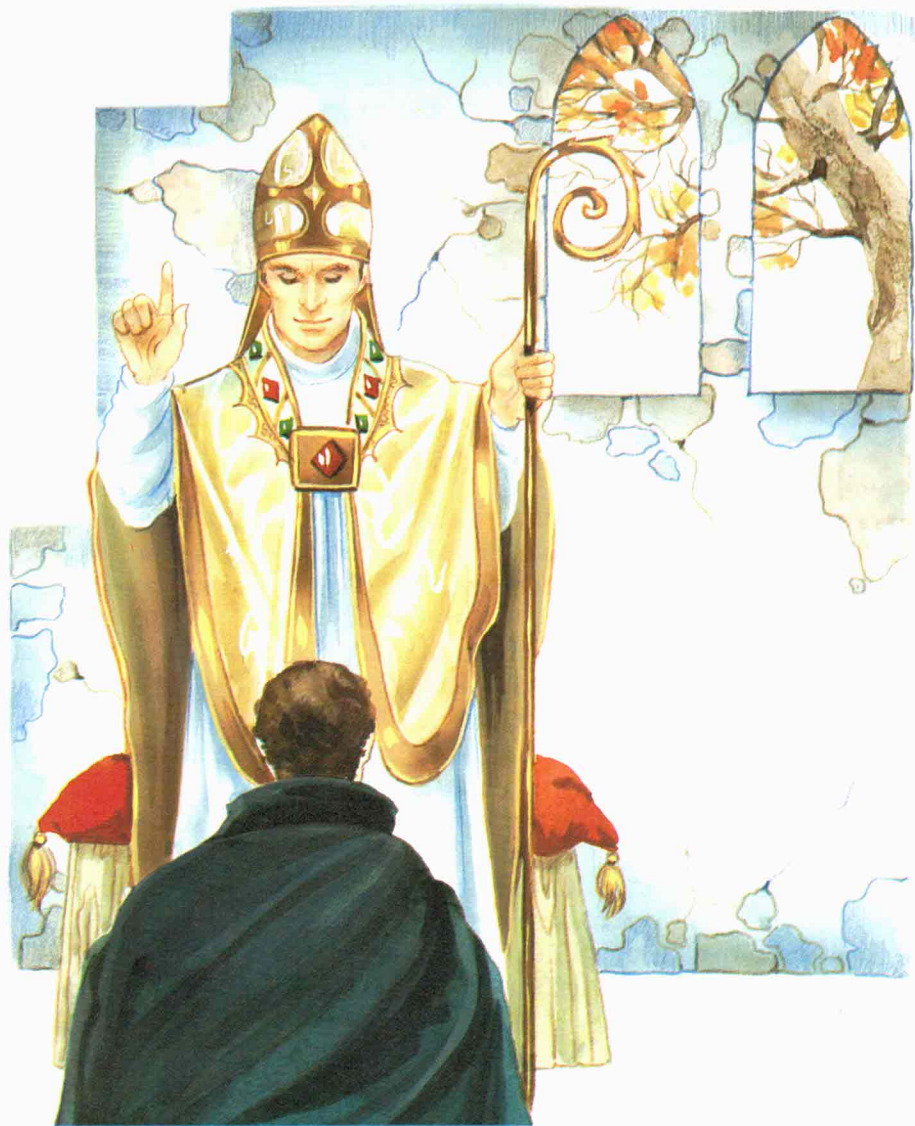
Es el grupo escolar con su balumba de niños perfectamente distribuidos con sus clases de lectura, escritura, ábaco y latín o humanidades, entreverado todo de doctrina y piedad cristianas.

Los romanos y todos los romeros que visitan la Ciudad Eterna venidos de toda la cristiandad, quedan atónitos al contemplar el orden y compostura de las interminables rutas de alumnos, y al recordar el antiguo abandono de la infancia que al fin encontraba su mentor y padre.

La Providencia le deparó colaboradores valiosísimos como el joven Glicerio y el viejo Dragonetti, pero el factor más eficaz de consolidación fue la autoridad pontificia.

Tras su fallido ensayo de agregación a una Corporación religiosa ya existente, la de San Leandro de Lucca, el pontífice Pablo V erigió las Escuelas Pías en Congregación de votos simples.

A los cuatro años de prueba, en 1621, ya logró el Padre José de la santidad de Gregorio XV la elevación a Orden de votos solemnes, última de las de esta categoría en la Iglesia de Dios.



El demonio de la calumnia

La calumnia es un pecado gravísimo.

La historia de muchos Santos Fundadores está calcada en esta de nuestro protagonista: La persecución y calumnia de parte alguno de sus hijos con deseos de ocupar el puesto del Padre... Para ello hay que inventar algo que denigre las virtudes de quien le dio la vida...

San José de Calasanz durante muchos años hubo de atravesar el negro túnel de la calumnia y persecución...

Cuando todo parecía que caminaba viento en popa: Bendiciones del Papa, préstamos, y lo que él más le interesaba: Multitud de arrapiezos prestos a oír su palabra y engrosar su Instituto. Pero aquel desarrollo aparente contenía gérmenes de inquietud. El mismo fundador comenzó a temer un desastre y éste llegó. Comenzó por alborotos sin causa.

Por fin, como la envidia es como la cizaña que crece en todas partes, también creció allí.

En lo más fuerte de la crisis, apareció uno de sus generales dispuesto a recoger aquellos elementos de discordia y encumbrarse en medio de la perturbación general.

Los inquisidores, envueltos en las redes de este chismoso, llevaron al Santo, maniatado, ante el tribunal del Santo Oficio.

Pronto fue absuelto y declarado inocente.

Sus perseguidores no cesaron y consiguieron lo que anhelaban. Calasanz quedó reducido a simple religioso, mientras que el jefe de los rebeldes tomaba las riendas del gobierno. Una obra que tiene su base en la envidia y odio no puede subsistir y presto se derrumbará.

Inocencio X la disolvía en 1646.

Estos golpes hicieron que decayese la salud del santo, ya un venerable anciano de noventa años, y al poco tiempo muriese, pero tranquilo porque había cumplido con su deber y porque confiaba en que su obra resucitaría de nuevo. Y así fue.



En las manos de Dios

El Antiguo Testamento, que es una estupenda preparación para poder entender muy bien el Nuevo, trae una historia encantadora: La del pacientísimo Job. Dios lo colmó de gracias y riquezas y después se las quitó todas. El no perdió la calma ni la confianza en el Señor y repetía una y mil veces:

—“El Señor me lo dio y El me lo quitó”. ¡Bendito sea Dios!

Esta historia se repite maravillosamente en la vida de San José de Calasanz.

Habían pasado cincuenta años de entrega total a su Obra educadora después de los treinta y nueve de preparación para la gran obra que ya funcionaba maravillosamente... Era querido y admirado de todos. Obraba muchos prodigios. Acudían a él de todas partes en demanda de consejo y orientación...

Todo esto hizo crecer el veneno de la envidia en uno de los corazones de sus hijos a quien él mismo había elevado y formado... y llegó la hora de la calumnia más denigrante...

—Padre José y su Curia son arrestados... Padre José suplantado en el genaralato por el mismo calumniador... Inocencio X desliga totalmente al P. José de su Obra.

A pesar de ello Calasanz no vacila. No desconfía. *Se pone en las manos de Dios.*

El Santo queda definitivamente destituido sin perder por ello la resignación, la paciencia ni la esperanza.

—“Dios me lo dio, Dios me lo quitó”—repite con el Job del Viejo Testamento—.

No vacila en profetizar la restauración de su Orden y en animar a todos sus hijos a la perseverancia.

No se abandona, en efecto, ninguna casa y siguen todas repletas de alumnos. Dos años aún de infatigable actividad y de invencible paciencia, hasta el triunfo de su última enfermedad y de su muerte preciosa.

Muere para vivir

Llegaba al fin de sus días el gran pedagogo que estampó en sus Constituciones su aurea sentencia:

—“Si desde los tiernos años son imbuidos los niños en piedad y letras, podrá sin duda esperarse de ellos un feliz desarrollo de toda su vida”.

Y apasionado de hecho de la tarea de la *enseñanza*, dirá de su ejercicio que es:

—“El más digno, el más noble, el de más mérito, el más favorable, el más útil, el más necesario, el más natural y razonable, el más de agradecer, el más agradable y de máxima gloria”.

Bien orgullosos pueden sentirse los educadores con estas alabanzas:

Amó a la Iglesia y al Papa con toda su alma y no quedó tranquilo hasta obtener del Papa, por escrito, la bendición apostólica, con transportes de alegría que contrastaban con los desaires, nada leves, de la propia Sede Apostólica recibidos antes.

Unos días antes de morir tuvo el consuelo de recibir una tiernísima visita de la Virgen María que le confirmó en su esperanza de su Obra de las Escuelas Pías florecería de día...

Era el 27 de agosto de 1648.

Fue el 1948, cuando fiestas apoteósicas con ocasión del III Centenario de su gloria muerte, aclamaban, a voz en grito al gran héroe de Peralta de la Sal.

Su corazón y su lengua incorruptos paseaban por toda España.

En este mismo año, y otras mil veces, hemos podido contemplar en la Iglesia y Convento de San Pantaleón en el Corso (Roma), las venerabilísimas reliquias: su cuerpo, su habitación, su lecho, sus libros, sus cartas, sus muletas, sus gafas.

